

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE TRONCOSO.)

*Dilectus Deo et hominibus cujus memoria in benedictione est.
Similem illum fecit in gloria sanctorum et magnificavit eum
in timore inimicorum et in verbis suis monstra placavit.*

He aquí un hombre que fué amado de Dios y de los hombres, cuya memoria se conserva en bendición. Ensalzóle el Señor á la gloria de los santos, engrandecióle y le hizo terrible á los enemigos, y con sus palabras hizo cesar las horrendas plagas.

Eccli., c. 45. v. 1 y 2.

¡Gran dicha, católicos oyentes, felicidad sin igual es el ser amado de Dios! En vano se armaria el mundo contra un ser á quien el Señor hubiere escogido para objeto de su cariño. La maledicencia, el odio, la calumnia, todas esas pasiones innobles y vergonzosas que se nutren y fomentan á veces en el corazón humano para perseguir y hacer la guerra á los demás hombres, ninguna fuerza pueden tener en aquellos que por su vida ejemplar, por sus virtudes y méritos, se han hecho acreedores al amor y protección del que tiene en sus manos el imperio del mundo y de todas las criaturas. Bien lo han experimentado los émulos de la iglesia, y cuantos en su loco delirio se atrevieron á mojar sus plumas en la ponzoñosa hiel de la sátira y del desprecio contra los siervos de Dios. Escupieron al cielo!... y el cielo castigó su alevosía. Calumniando á los héroes del cristianismo, injuriaron al que tales les hiciera; y el que habita en los cielos burlóse de sus calumnias, deshizo sus planes, y haciendo servir sus propios errores al triunfo de la verdad, hizo que los que un día fueran objeto de un loco desden, lo fuesen despues

de la admiración, del respeto y de la veneración universal. Fueron amados de Dios y de los hombres; su memoria se conserva en los fastos del mundo llena de celebridad; sus nombres arancaron ovaciones y aplausos; el Señor les ensalzó á la gloria de santos y amigos suyos; engrandecióselos y les hizo terribles á toda clase de enemigos; y dió á sus palabras una fuerza irresistible para conjurar las mas horrendas plagas, y pacificar á los mismos monstruos.

Esta verdad que pudiera hacerse extensiva á todos los santos, cuadra muy especialmente al que hoy forma el objeto de los presentes cultos. Antonio, el grande y sin par Antonio, patriarca ilustre de la vida cenobítica, jefe valeroso y caudillo impertérito de numerosos ejércitos de almas magnánimas y generosas, que alistándose bajo las banderas de la cruz han llenado el mundo de asombro y sembrado por toda la redondez de la tierra el gérmen de las virtudes mas heróicas; hé aquí un hombre á quien distinguió Dios con su benevolencia, y á quien los hombres no han cesado de prodigar los mas cordiales elogios á través de cerca de diez y siete siglos. *Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est.* Hé aquí al que en medio de persecuciones violentas, y de una lucha la mas decidida y cruel contra las potestades del averno, supo sublimarse á la gloria de los bienaventurados, llevando consigo los despojos de cien y cien triunfos que reportara de sus enemigos. *Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum.* Hé aquí en fin al que de en medio de las breñas y del fondo de los yermos mas solitarios, opuso la resistencia mas heróica á los sordos amaños del error, defendió las verdades de nuestra religion y sus inviolables dogmas, y apaciguó el monstruo de la herejía arriana, que pretendia sumir al mundo en sus impíos desmanes. *Et in verbis suis monstra placavit.*

Brillantes caracteres, amados oyentes, son estos con que se nos describe el heroísmo del insigne Antonio. Si dejáis correr vuestra imaginación por el vasto campo que ofrece á nuestra vista su prodigiosa vida, le hallaréis ya como el precursor del Mesías habitando los desiertos y entregado al misterioso silencio de la soledad; ya como el profeta del Carmelo trepando riscos, atravesando montañas, y presentándose ante los corifeos del error, para convencerles de sus imposturas, como aquel lo

hiciera con los profetas de Baal; ora conduciendo como Moises una muchedumbre prodigiosa de hombres, á quienes enseña los preceptos del Altísimo, alimentándoles del maná celestial de las evangélicas virtudes; ora... Detengámonos aquí, católicos oyentes, Antonio es el tipo mas perfecto de aquel caudillo del pueblo de Dios, el Moises de la ley de gracia. Si aquel se santificó por su fe y su mansedumbre, este por su mansedumbre y su fe mereció ser escogido de Dios entre toda carne para ser el modelo perfecto de una santidad que hasta entónces no habia tenido semejante. Si aquel fué glorificado en presencia de monarcas enemigos, por los portentos que hiciera en confirmacion de la mision divina que ejercia, este no lo fué ménos, por lo que dijo y obró en apología de la verdad católica y en defensa del mas augusto de los misterios. Por eso aplicamos al ilustre Antonio el elogio que Jesus hijo de Sirach hizo del gran Moises, y en su consecuencia no dudamos ofrecerle á vuestra admiracion como un varon amado de Dios y de los hombres, y digno de eterna memoria; lo primero, porque como padre de la vida monástica ejerció virtudes heróicas que le hicieron el modelo de la mas perfecta santidad: *Similem illum fecit in gloria sanctorum*. Lo segundo, porque como defensor de la iglesia se opuso al error, vindicó los dogmas católicos, y confundió á sus enemigos: *Magnificavit eum in timore inimicorum et in verbis suis monstra placavit*. Descubierta ya el plan del discurso, solo nos resta invocar los auxilios divinos por la mediacion de aquella vírgen á quien el arcángel san Gabriel saludara en Nazaret diciendo: *Ave María*.

PRIMERA REFLEXION.

La religion del crucificado combatida en todas partes por el furor de los emperadores, era en el Oriente el objeto de la mas cruel persecucion por los años doscientos cincuenta. Decio se habia ensañado contra los cristianos, mas que todos sus predecesores. Por donde quiera multiplicaba edictos para su exterminio: y en las calles y en las plazas resonaban sin cesar los decretos de muerte contra todos cuantos se risitiesen á abjurar el cristianismo. Mas no por eso se disminuía la fe. El rigor de los tiranos no hacia sino acrecentar el fervor de los fieles.

Estos no pudiendo vivir en las ciudades, retirábanse á los desiertos, y allí observaban los preceptos evangélicos y se ejercitaban en todo género de virtudes. Muchos habian ya adoptado este sistema de vida, y entre todos mereció una reputacion singular el insigne ermitaño Pablo, á quien el cristianismo reconoce por el padre de los anacoretas. Pero la Providencia tenia destinado en sus inefables designios á un varon que, como otro Abraham, debia ser padre de muchas gentes, el maestro y caudillo de un numeroso ejército de ilustres confesores, que reunidos en comun bajo su direccion y disciplina, establecerian en la iglesia un género de vida no conocido aún, y que en lo sucesivo asombrarian al mundo con sus virtudes, y le prestarian inmensos servicios. Este era Antonio, el héroe cuyas glorias solemniza hoy la iglesia católica. Nacido en aquellos tiempos aciagos en un pueblo del alto Egipto, heredó con la sangre las virtudes de sus ilustres padres: los cuales, temerosos de que aquella tierna alma en la que se advertian las mas felices disposiciones á la virtud, pudiera inficionarse con el contacto de sus coetáneos, se impusieron á sí mismos el deber sagrado de la educacion de su hijo. No aprendió el niño Antonio las ciencias humanas ni la lengua griega, á la sazón tan comun en los demas de su rango y noble categoría; pero salió tan aventajado en la ciencia de los santos, que es el temor de Dios, que á nada desde entónces aspiraba su corazon sino á agradarle y servirle lo mas perfectamente posible. No retardó mucho el Señor el satisfacer los deseos de su siervo, porque desde su cuna era objeto de su amor y benevolencia. Como al jóven de Silo, hácele escuchar su voz en el santuario. « Si quieres ser perfecto, vé y vende lo que tienes, entrega su producto á los pobres, ven en mi seguimiento, y tendrás un tesoro en el cielo. » Estas palabras que oyó un dia Antonio en la iglesia siendo de diez y ocho años, fueron las que decidieron su suerte. Cual si á él solo se hubieran dicho, no bien las ha escuchado, cuando sin vacilar un momento las pone en práctica, y distribuyendo el pingüe patrimonio que de sus padres heredara entre sus convecinos, y repartiendo á los indigentes lo que le produjera la venta de sus muebles y posesiones, corre presuroso á buscar el silencio de la soledad fuera de la poblacion, mas contento en su pobreza que ántes en el seno de la abundancia y de la opulencia. Mas no se crea que Antonio se retirase al desierto por bus-

car únicamente la tranquilidad, y disfrutar de una vida muelle é indolente. Ah! Antonio aspira á la perfeccion, y la busca por cualquier via que pueda hallarla. Austeridades, vigílias, ayunos, oracion, leccion de Libros sagrados, todo entra en el plan del ilustre jóven. No le intimida el frio, no le acobarda el calor, ni la aspereza y fragosidad de los sitios mas inaccesibles. Busca aquí y allí á los solitarios que moran en aquellos yermos, oye sus consejos, observa su método de vida, estudia sus acciones, y reuniendo en su persona lo mas perfecto de sus ejemplos, hácese un dechado de virtud y un modelo de perfeccion. En vano se arma contra él todo el infierno: inútilmente prepara armas peligrosas para derrocar su constancia. Armado Antonio de la virtud de Dios, entra en lucha y vence cual generoso atleta á aquel Leviatan soberbio tan temido de todos y de ninguno temeroso, segun la expresion de Job (1).

Grandes fueron á la verdad, amados oyentes, las tentaciones que Antonio hubo de sufrir en la soledad, terribles los choques, crudos los combates, y cual jamas se habian visto hasta entonces los ardidés de que el enemigo del género humano se valiera para hacerle desistir de su santo propósito. Ora para despertar en su espíritu el amor á las riquezas, esparramaba con profusion por los caminos el oro y los metales preciosos; ora para avivar en sus sentidos el ardor de la concupiscencia, representaba á su imaginacion fantasmas impuros é imágenes voluptuosas; y buscaba los medios de aterrarle, tomando la figura de animales venenosos ó de bestias feroces y carnívoras; ya procuraba debilitarle descargando sobre su cuerpo fieros golpes, que le reducian á la mas lastimosa situacion. En suma, cuanto de violento y terrible puede imaginarse, fué ejercido contra el jóven Antonio por Satanas por espacio de veinte años. Hubiérase dicho que confundido y avergonzado de la inutilidad de sus planes maquiavélicos contra los cristianos en las ciudades, en donde hervia la persecucion, habia vuelto sus armas contra este solitario para vengar en él la ignominia de la derrota que habia sufrido. ¿Y piensas tener mejor éxito, oh enemigo tenaz de los mortales, esperas conseguir un resultado mas feliz, y reportar un triunfo mas completo de este, que de aquellos? No, católicos; Antonio mucho mejor que el Profeta pudo decir al

(1) *Job. c. 41. v. 24.*

Señor: « tú, oh Dios mio, eres mi rey, el que decretas las victorias en Jacob. Con tu ayuda arrojaré al aire y voltearé á mis enemigos, y en tu nombre despreciaré á los que se levantan contra mí (1).

Y en efecto, señores, si jamas se vió una lucha tan encarnizada como la que hubo de sostener Antonio contra las potestades del infierno, tampoco el mundo admiró una resistencia tan heróica como la que este opuso, ni una victoria mas gloriosa que la que alcanzó. Cuanto mas arreciaba el combate, tanto mas redoblaba su vigilancia, y en proporcion que el enemigo urdia ardidés para sorprenderle, él estudiaba los medios mas exquisitos de defensa para neutralizarlos. ¿Atacábale el demonio con la ira? Antonio se revestia de la mas extrema mansedumbre. ¿Combatíale con la soberbia? Antonio le hacia frente con la mas profunda humildad. ¿Asestábale con la avaricia? Antonio oponia el desprendimiento mas desinteresado. ¿Pretendia en fin abrir brecha con el deseo de la gloria mundana? Antonio se amurallaba con el desprecio universal de todo cuanto el mundo aprecia, y no ansiaba otra gloria que la cruz del Salvador. En una palabra, á la molicie y sensualidad oponia Antonio la austeridad y la aspereza; á la gula, el ayuno; á la pereza, las vigílias; á la indolencia, el trabajo de manos; y á las distracciones, la lectura y la oracion. De este modo logró vencer al demonio, é hizo ver cuán inútiles son las arterias del infierno contra aquel que armado de la confianza en Dios, resiste con brío á las tentaciones. Oh! cuánto se complace el Señor en ver pelear á sus siervos con el enemigo comun! ¡Cuán grande es la satisfaccion que experimenta cuando con una constancia inalterable resisten á sus furiosos embates! Bien lo manifestó á nuestro héroe, cuando acometido este de una multitud de monstruos horrendos que le invadieron y golpearon con furor nunca visto, hasta dejarle en tierra casi exánime, y exclamando en el exceso de su dolor: « ¿Dónde estabais, Señor, y por qué no habéis venido al principio? » una voz celestial contestó: « Aquí mismo estaba, complaciéndome en contemplar tu heróico valor. »

No era posible, católicos oyentes, que esta antorcha luminosa permaneciese oculta en el fondo del desierto. Los respían-

(1) *Psalm. 43.*

dores que despedía su virtud extendiéronse bien presto por todas partes, y de donde quiera corrian en tropas muchedumbre prodigiosa de personas de todas edades, deseosas de admirar tantos prodigios, y decididas á seguir su vida y á practicar sus consejos. Inútilmente se opone Antonio á admitir la mision que el Señor le prepara. Su delicadeza suma, su modestia y humildad sin semejante le instan á que huya á sepultarse en los sepulcros, léjos de todo trato humano; pero Dios que le destina á ser el fundador de la vida monástica, hace que triunfando de sí mismo, admita este pesado cargo y se someta á ser el director de los que con instancia piden ser alistados en las banderas del Crucificado, bajo la disciplina de un varon tan amado de Dios.

Vedle ya constituido en su nuevo destino, trabajando con infatigable celo en establecer monasterios, y en visitarlos con frecuencia, animando á sus moradores á la práctica constante de los consejos evangélicos. Aquí instruye, allí reprende; á estos alecciona en los medios de vencer las tentaciones del enemigo, á aquellos exhorta á trabajar sin descanso en el ejercicio de la mortificacion; y cuándo con palabras, cuándo con ejemplos, no cesa de fomentar entre sus súbditos el espíritu de todas las virtudes. ¡Qué espectáculo tan embelesador ofrecieron entónces aquellos asilos solitarios! Dijérase que el desierto se habia convertido en un cielo animado, en donde solo moraban inteligencias incorpóreas, no hombres terrenos y sujetos á la corrupcion. Allí no se oían sino los acentos sagrados de alabanza perpetua, tributada al Cordero dominador del orbe, cual los oye en Patmos el amado evangelista. Allí reinaba la justicia, moraba de asiento la caridad, dominaba el mas profundo silencio, y corria en abundancia la calma y la paz del corazón. Contemplad, católicos oyentes, á esos ángeles del desierto, mirádes de cerca y admirareis cuán perfecta armonía reina entre ellos; cómo se toleran mutuamente las debilidades inseparables de la humana naturaleza; cómo se aman sin rivalidad; cómo se reprenden sin amargura; cómo se animan sin emulacion; cómo se humillan sin afectacion; cómo obedecen sin réplica, cómo oran sin intermision. Les veréis unir y hermanar la dulzura de su trato con la austeridad de sus costumbres; el reposo del espíritu con la laboriosidad de sus manos; la contemplacion de Magdalena con la actividad de Marta. Vereis... Ah! todo es

obra tuya, insigne Antonio. A ti es deudor el mundo de haber visto despues en su seno reproducidos estos mismos ejemplos. Tú fuiste el primero que formaste esas reuniones de hombres, que, despreciando con heróico desinterés el fausto, las riquezas, la gloria y cuanto los humanos conocen de mas apreciable, se sacrificaron á sí mismos ante las aras de la religion, y eligieron morar en comun en la casa del Señor, para ofrecerse á sus semejantes como el ejemplo de todas las virtudes. Desconozca en buen hora el mundo el mérito y los importantes servicios que á la religion y á la sociedad resultaron en todas épocas de estas comunidades, que como innecesarias é inútiles han sido desmembradas primero y despues totalmente dispersas. Nada importa: al lado de las ensangrentadas páginas de sus émulos, aparecerán otras páginas de oro, que las harán para siempre recomendables. Los hechos responderán á las teorías y la verdad á las calumnias. Donde quiera se leerá con entusiasmo y gratitud lo que las órdenes monásticas han trabajado en beneficio público: y el germen del bien que han sembrado no dejará de producir sus frutos. Entre tanto, ¿quién hay que no venera la memoria de aquel á quien se debe la gloria de estas instituciones? ¿Quién que no admire el heróismo, el valor y las virtudes del grande Antonio? La fragancia que esta flor del desierto exhaló durante su existencia, no se limitó á las escabrosidades del Pisper, ni á las montañas de Colzim, ni á los valles de Arsinoe, sino que se ha extendido por toda la superficie de la tierra. Si los prodigios obrados por su mano, su ciencia del porvenir, sus portentosas curaciones le merecieron una reputacion universal de santidad entre sus contemporáneos, aun entre los mismos paganos, no la disfruta ménos hoy entre nosotros. Los siglos no han hecho sino aumentar su gloria, y acrecer su veneracion. No hay en suma, quien deje de confesar que Antonio es un varon amado de Dios y de los hombres, y digno de eterna memoria, porque como padre de la vida monástica practicó y enseñó las virtudes mas heróicas que le hicieron el modelo de la mas perfecta santidad: *Similem illum fecit in gloria sanctorum*. He aquí lo que propuse como asunto de mi primera parte. Veámosle ahora adquirirse nuevos derechos al amor de su Dios, y al honor y veneracion de los hombres, como defensor de la iglesia, oponiéndose al error, vindicando los dogmas católicos, y confundiendo á sus enemi-